

novelas, cuentos, crónicas, obras de teatro de todos los intelectuales del país.

Es quizá la primera vez que se intenta aquí un movimiento serio para levantar el libro colombiano, haciendo publicaciones metódicas y seleccionando una colección que puede ofrecer, en el exterior, un panorama exacto del movimiento intelectual que, más ahora que nunca, se agita en esta República.

Y por primera vez se le buscará mercado a nuestros libros en Sur América, con lo cual se estrecharán los vínculos de simpatía que hagan cierta la ponderada fraternidad hispana.

A la cabeza de la nueva empresa se halla don Germán Arciniegas, cuyo solo nombre es una prenda de éxito, por su vasta ilustración, su fino gusto literario, su claro talento y porque tiene el don divino del entusiasmo, y aspira a realizar obra bella y fecunda.

Somos testigos de los trabajos que lleva adelantados la nueva empresa editorial, y todo nos hace confiar en que será un éxito seguro.

(De *El Tiempo*, Bogotá).

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Ultimos estilos

Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

El hombre que sentía pasar la muerte

—Inédito. De *Las Fantasías de Juan Siloestre*—

LLEGÓ a mi casa solo, diciendo simplemente que deseaba conocerme. ¿Por qué? ¿Quién le habló de mí? Nunca quiso responderme sino con vaguedad.

Se presentó bajo el nombre de Lázaro da Cunha, procedente del Brazil, pero más tarde me confesó que éste era un nombre de su invención.

—Me gusta llamarme como aquel amigo de Jesús, buen hermano de una cortesana que murió y fué sepultado, y cuando ya hedía resucitó a la voz del Cristo que lo llamaba de nuevo a la vida—me dijo.

Parecía extranjero, de origen latino. Estaba muy joven pues apenas si acabaría de doblar la treintena. Era un hombre feo, con la sonrisa más atractiva que he visto en mi vida. Se ponía a sonreír y al punto uno sentía que se le metía corazón adentro; sus facciones toscas, algo aindiadas se transformaban; se pensaba que dentro de ellas se encendía una estrella. Su voz era tan suave, que mi oído sentía cuando él hablaba, como si sus frases entraran calzadas de seda. Cuando algo le interesaba mucho, se ponía nervioso, y se tenía la impresión de que su voz ondulaba cual serpiente que huye; también sus labios gruesos adquirían esa imperceptible palpitación que hay en las brasas en el momento en que se apaga la llama.

A veces lo creí loco. Por lo general las gentes que nos tenemos por cuerdas, consideramos desequilibrados a quienes expresan opiniones extrañas al ambiente y a la época.

Mis parientes y las relaciones íntimas de la casa—honra- bles personas—lo miraban con desconfianza y lo juzgaban im- moral. Para mí era más bien un amoral, o mantenía la *pose* de tal con admirable espontaneidad: tenía un modo tan infantil e inocente de preguntar a quien condenaba o elogiaba un acto: «¿Por qué es eso malo? ¿Por qué es eso bueno?», que su interlocutor se quedaba en la duda de si en realidad no tenía noción de la maldad o bondad del asunto. Y así que le explicaban, soltaba una de sus paradojas contundentes que dejaban frío a cualquiera, o se encogía de hombros con su acostumbrado: «nada se puede asegurar...»

Una de las cosas suyas que más me impresionó, fué su facultad de presentir la muerte. En las ocasiones en que insistí para que habláramos de ese misterioso asunto, la única explicación que me dió, fué ésta: «En eso soy como los perros». Y cambiaba de conversación.

He de advertir que jamás le ví la menor punta de espi- rismo ni de teosofía, ni parecía afiliado a religión alguna.

Un día desapareció sin despedirse. Hace ya dos años que lo ví la última vez, y desde entonces no he vuelto a tener la menor noticia suya. Un día del mes pasado, el corazón me palpité con violencia al oír llamar a mi puerta como él llamaba: un repiqueteo nervioso con las yemas de los dedos. Abrí con mano temblorosa, pero quien llamaba era un pobre vendedor de escobas.

Muy a menudo tengo nostalgia de su compañía extraña, tan diferente de cuantas en mis días he compartido, con aque- llas sus extrañas opiniones que le sugerían hombres, y paisajes y cosas, bien distintas de cuantas acostumbro oír y de las mías propias.

Quiero relatar algunas de las manifestaciones que tuvo en mi presencia en esto de presentir la muerte a qué me he refe- rido anteriormente:

Habíamos ido juntos a la Estación del Atlántico a despedir un amigo. Llegamos muy temprano y apenas uno que otro pasajero estaba en la sala de espera.

Era una mañana de octubre, de temporal, llena de neblina.

Nos paseábamos por el andén, cuando pasó en dirección contraria a la nuestra un hombre en *overalls* y gorra echada sobre los ojos; mi amigo se estremeció y se volvió como obligado por un resorte, hacia el individuo que se alejaba. Cierro los ojos y veo con admirable precisión al hombre en *overalls* de tela azul, pequeño, ancho de hombros, con las manos en los bolsillos. A mí me ha conmovido siempre la espalda de los hombres de trabajo, sobre todo la de los campesinos y la de los obreros, pero recuerdo que la línea en que se inclinaba aquella espalda fuerte, me conmovió profundamente. ¿Por qué sentí un interés infinito por la silueta que se esfumaba entre la neblina?

En la puerta de una de las oficinas apareció un empleado. Mi amigo se acercó y le preguntó señalando al otro: ¿Quién es ese hombre?

—Es fulano, el maquinista que sale con el tren de pasajeros de Limón—se le contestó.

—¿Tiene hijos?

—Sí—repuso el empleado—¿Por qué?

—Por nada.

Mi compañero me tomó por un brazo y me llevó hacia la máquina. El maquinista miraba algo en el tubo de alimentación, luego palmoteó con gesto cordial el cuerpo de acero reluciente de la locomotora, lo mismo que si acariciara las ancas de su caballo antes de montarlo. Subió enseguida a su compartimento y se puso a ver hacia adelante, con ojos distraídos, unos ojos claros que no puedo olvidar, y que parecían fijos en la línea que se perdía entre la neblina. Aun me parece tener ante mí, la mano regordeta y curtida sosteniendo la barbilla. Se echó atrás la gorra con movimiento maquinal y volvió a nosotros la mirada. Lázaro me tenía agarrado siempre por un brazo y sus dedos temblorosos se me metían en la carne hasta hacerme daño. El maquinista pareció interrogarnos con la mirada. Lázaro se adelantó como para hablarle...

En esto alguien me abrazó por la espalda. Era nuestro viajero, quien me llevó consigo y con quien yo tenía que hablar algo de importancia. Mi amigo y su maquinista quedaron relegados a segundo término.

Un estremecimiento, y la locomotora arrastró el tren, dejando tras sí su huella de humo espeso. ¿Qué había sido de mi amigo? ¿Al fin había hablado con el maquinista? Nunca supe lo que pasó entre ellos.

Me volví a buscar a Lázaro y lo divisé apoyado en un pilar. Me acerqué y lo encontré mirando con los ojos muy abiertos el recodo por donde había desaparecido el tren. Hacía rato que el último pitazo sonara a lo lejos, cuando se volvió y me dijo con voz opaca:

—Vamos.

Bajamos la calle de la Estación en un silencio que hacían más helado la llovizna que caía del cielo gris y el lodo negro de las calles.

En la tarde, los chiquillos vendedores de periódicos gritaban su mercancía y la hacían apetecible al oído goloso de sensaciones fuertes de los habitantes de la ciudad, con el siniestro reclamo: «Con la gran desgraciaa de hoy en el tren de pasajeros de Limón...»

Compré un diario y leí la noticia del choque del tren de pasajeros con un tren de trabajo, y de la espantosa muerte del maquinista de aquella mañana.

En la noche vino Lázaro a mi cuarto. Estaban allí otras

personas, pero él entró sin dar siquiera las buenas noches, lo cual desagradó mucho a más de una de las corteses criaturas allí reunidas. Buscó el rincón más oscuro y retirado de la compañía, y se puso a fumar furiosamente. Yo veía brillar entre la sombra sus ojos de un modo extraño, y cuando la brasa del puro alumbraba su rostro, la palpitación roja de la brasa se confundía con la brasa de sus labios.

Todos se despidieron y él permaneció en su rincón sin hablar una palabra. Cuando vió que me disponía a acostarme, salió en silencio. Y después, jamás hizo la menor alusión a lo sucedido y a mis preguntas ansiosas sólo me contestó: «En eso soy como los perros que sienten venir la muerte...»

Paseábamos una noche por un barrio tranquilo de la ciudad. Al desembocar en una calle nos salió al encuentro la música de un vals en un piano. Al acercarnos distinguimos también gajos de voces frescas y de risas juveniles que parecían formar una alegre ronda con las notas del vals.

Mi pensamiento yacía desalentado y mustio dentro de mí. Habíamos caminado más de una hora en silencio, y lo último que mi amigo dijera—como corolario de nuestras filosofías pesimistas—había sido esto: «Tal vez el hombre se vaya volviendo fraternal y puro, conforme el sol se vaya apagando. Pueda ser que nuestros odios y nuestra lujuria no sean otra cosa que el fermento producido por su calor en nuestra carne. Quizá cuando el sol brille en los cielos, semejante a esas brasas que asoman su mortecino fulgor entre las cenizas de un hogar en la madrugada, los tiempos serán de paz universal, así como lo quieren los comunistas de hoy. Entonces no habrá clases sociales y todos se harán un puño para calentarse...»

Pero aquella algarabía vino a sacudir mis ideas sombrías, y sonreí con ternura, lo mismo que se sonríe ante las travessuras de un niño sano, de un gatillo o ante un pájaro que se baña, se esponja al sol y gorjea. Pocas cosas producen en mí espíritu una sensación más dulce y amable que esta de oír mezcladas voces y risas jóvenes.

Nos acercamos. Era una casa de gente acomodada. Por la ventana abierta de un saloncito, salían bocanadas de luz tibia. Cuando llegamos frente a ella se inició un coro, y la palabra *Alegría* se repetía varias veces en cada estrofa. Por un espejo veíamos un grupo de adolescentes en torno de un piano.

—¡Alegría! ¡Alegría!, cantaban las voces.

¡Qué magia adquiría esta palabra al brotar de aquellos labios en flor!

En la luna del espejo la escena tenía el encanto de un cuento de hadas. El iris de los biseles se confundía con el destello de los ojos, el fuego de las mejillas, y las cabezas se agitaban como las margaritas en un prado cuando pasa la brisa.

¡Alegría! ¡Alegría! Dentro de mi memoria los versos de un himno a la Alegría de Walt Whitman cantaban también: eran niños que danzaban sobre la hierba bañada por el sol y volvían la espalda a la visión sombría sugerida en mi imaginación por la fantasía de mi amigo, aquella de la fraternidad universal bajo un sol que agoniza.

«¡Alegría, todo cubierto de alegría!»

Había una voz que sobresalía entre todas. Diríase embriagada de ilusión.

La mano de Lázaro se agarró nerviosa a mi brazo. Ya conocía yo ese contacto inquietante... Me estremecí.

—¡Esa voz!—dijo—¡esa voz!

¡Cuán extraño sonó su acento entre el coro regocijado!

—¿Qué quiere Ud. decir?—le pregunté.

—Es la de aquella niña...—agregó—la de aquella niña que tiene la cabecita como una rosa de oro...

De la figura que me indicaba no se distinguía en el espejo más que la parte posterior de la cabeza, una peloncilla fina y dorada que se echaba atrás desafiadora cada vez que de sus labios salía la palabra *Alegria*.

La presión cedió en mi brazo. Volví la vista a Lázaro, poco a poco, pues temía encontrar algo tremendo en sus ojos... Pero no fué así... Tenía los ojos cerrados, los músculos del rostro inmóviles. Sólo sus labios temblaban.

Me habló muy bajo, casi en secreto:

—Si nos quedáramos aquí... ¿Recuerda Ud. el monumentale Celler del cementerio de Génova? ¿Recuerda Ud.?

Sí, si recordaba la bella criatura que cede cual una rama de durazno en primavera entre las fuertes manos que la arrancan de la vida. Ya la cabeza juvenil va a desprenderse como una corola al soplo del huracán; los tiernos senos se rebelan y se ierguen como capullos de esperanza, al contacto helado de la velada y rígida figura, cuyas cuencas — pozos de misterio—se adivinan bajo la tela que la envuelve.

—Vuelva por aquí mañana, Juan—musitó Lázaro.

Nos alejamos.

—¡Alegría! ¡Alegría!—seguían cantando los adolescentes, y el coro de sus voces frescas nos siguió a lo largo de la calle silenciosa bajo el fulgor de las estrellas.

A la noche siguiente volví por aquel barrio. La casa estaba a oscuras. A la claridad de la luna ví la acera y la entrada sembrada de flores holladas. Me detuve un rato en el lugar en que nos detuviéramos la noche anterior. Un gemido de mujer se levantó del interior de la casa.

Continué mi camino y al pasar frente a una puerta vecina, oí conversar dos mujeres en el umbral.

Las dos suspiraron, y una dijo:

—¡Bendito sea Dios! Anoche estaba cantando y hoy ya está enterrada...

Una tarde vino a buscarme y me invitó a vagar por los alrededores.

Estaba locuaz y de buen humor y yo escuchaba sus divagaciones sobre las cosas que nos salían al paso.

Encontramos una muchacha de la vida alegre, una pobre criatura fea y mal vestida, que trataba de hacerse provocativa con el contoneo de las caderas, los parches de colorete en las mejillas y los trapos de colores chillones que la cubrían.

Era conocida de Lázaro y éste la saludó quitándose el sombrero. ¿Recuerda Ud.—me preguntó sonriendo con su bella sonrisa—recuerda Ud. lo que dice ese viejo dilettante de Anatole France, en uno de sus libros, de estas mujeres?

Le contesté que no recordaba.

—Pues bien, dice que las prostitutas están más cerca de Dios que las mujeres honradas porque se han depojado de todo orgullo, y porque no se glorifican de aquello de lo cual hacen alarde las matronas respetadas. Que poseen la humildad que es la piedra angular de las virtudes agradables al cielo. Hay preparado para ellas un trono a la derecha del Padre y en el reino de Dios, la reina y la emperatriz se sentirán dichosas de sentarse a los pies de estas busconas, pues parece que en los dominios celestiales las cosas no se consideran como las consideramos los humanos. En una ocasión—añadió—repetí esto mismo a una de ellas, y se puso muy agradecida. Me pidió el retrato de Anatole France y le di uno que encontré ilustrando una revista. Lo mandó colocar en un marco dorado bastante lujoso, que colgó sobre el lecho a modo de una divinidad protectora y le tenía encendida siempre una lamparita de aceite perfumado.

Lázaro se puso a tararear a media voz una canción.

Se notaba que estaba contento.

Caía la noche, y sobre el cielo enrojecido del poniente se recortaban perfiles de techos de casas y de torres de iglesia.

Aun no se habían encendido las luces y caminábamos a través de lo que ya casi era la oscuridad. Me parecía que nos movíamos entre ese color que hay en los sueños cuando están a punto de transformarse en pesadillas.

Pasábamos por una calle solitaria, a la vera de una tapia, al otro lado de la cual murmuraban unos pinos.

Lázaro seguía canturreando su canción.

De pronto se detuvo, hizo que yo hiciera lo mismo y se puso en actitud de acecho. Luego me dijo de un modo que me dió miedo:

—¿Qué sabe Ud. si allí, en el rincón que forma esta pared con la otra, esperará...? ¿A quién esperará? No caminemos más, vale más que nos devolvamos... Quizá viene a nuestro encuentro. Se apoyó en la tapia con gesto medroso. Del otro lado segían murmurando los pinos.

Se acercó a mi oído y me interrogó muy quedo: ¿Tiene Ud. miedo a la muerte?

Yo no le podía contestar porque me temblaban las mandíbulas.

—¡Qué tontería!—exclamó por fin.

Me cogió de un brazo y me arrastró hacia adelante, hacia el rincón en donde podía estar aquella a quien él no se atrevía a nombrar en voz alta.

El cielo tenía un tono lívido. Muy lejos, las campanas de la Soledad llamaban al rosario.

Llegamos al rincón. Me parecía que habíamos tardado años en llegar allí.

Miré ansioso las sombras que se extendían ante mí y que parecían venir a amontonarse en aquel rincón. De entre el mar de sombras surgió una que venía rebotando a nuestro encuentro.

Oí que a Lázaro le castañeteaban los dientes.

En esto se encendió la luz eléctrica de la esquina y las sombras huyeron al conjuro luminoso. Lo que en la oscuridad tomé por algo que rebotaba no era sino un hombre que venía en dirección opuesta a la nuestra, un hombre que marchaba con paso elástico de persona joven. Al pasar a nuestro lado lo reconocí: era X, un muchacho que acababa de regresar de los Estados Unidos con su título de ingeniero. Se alejó ágil pisando fuerte sobre el empedrado al compás de un fox trot a la moda que silbaba.

—¿Quién es? me preguntó Lázaro con acento sombrío. Miraba al otro con los ojos muy dilatos y yo podía ver el destello de sus dientes a través de sus labios temblorosos.

Todavía resonaban los pasos en la calle tranquila, cuando mi amigo murmuró:—Va contento y no sabe que lleva la muerte consigo...

—¡La muerte!—grité, y quise echar a correr tras el joven ingeniero.

Lázaro me detuvo.

—Es inútil—dijo.

Como a las once de la noche alguien que volvía de la calle me contó conmovido:

—¿Sabes? X, ese muchacho ingeniero que regresó la semana pasada de los Estados Unidos, acaba de matar a Enrique Alvarez el abogado. Parece que habían tomado, y Alvarez dijo algo malicioso de una hermana de X...

También recuerdo que en una ocasión Lázaro me dijo:

—¿Nunca piensa Ud. Juan, cuando se despide de una persona o la mira alejarse, si es la última vez que le habla o la ve?

CARMEN LIRA.

Junio de 1925.